

LA PINTURA VEHEMENTE DE YAGO HORTAL

“Precisamente cuando triunfan las tecnologías genéticas, la globalización liberal y los derechos humanos, la etiqueta postmoderno ha agotado su capacidad de expresar el mundo que se anuncia”.

Gilles Lipovetsky/Sebastien Charles

Vehementemente arrebatadoras en el uso del color, herederas de la suntuosidad del gesto expresionista y llevadas de una pasión evocadora no exenta de aliento renovador, la fresca energía vital de las pinturas de Yago Hortal está irrumpiendo en los circuitos del arte contemporáneo internacional con esa fuerza rompedora que sólo se deja ver muy de vez en cuando.

Para muchos de nosotros, su obra fue todo un descubrimiento durante la segunda edición de la Feria de Arte Contemporáneo de Vigo. En Espacio Atlántico 2011, en efecto, nos dimos cuenta ya de la inevitable consagración de un artista cuya trayectoria ascendente no había hecho más que empezar. Ocupando una llamativa pared del stand de su galería de referencia en España, se apreciaba el constante ir y venir de otros galeristas, de críticos, comisarios y coleccionistas que preguntaban de quién eran aquellas piezas, tan exuberantes, tan familiares y a la vez tan distintas. Luego supimos del interés de galerías de Berlín y Nueva York, donde el artista residía alternativamente a Barcelona, su ciudad natal.

Ese aire fresco, esa llama encendida, ese “hiperpantone” suyo, nos hacían sentir esa clase de plenitud visual de aquellas pinturas que describen la historia del arte moderno en las paredes de los museos del mundo. Abstracciones gestuales, color radical, un “solo pintura” rabioso y, a la vez, clásico, configuraban un potentísimo antídoto a ese “arte líquido” actual en el que “la obra” entendida como un todo cerrado o una configuración de sentido autónoma, había perdido su lugar. “... vivimos en un mundo saturado por la estética –anunciaba Zigmunt Bauman - pero en un mundo en el que no hay objetos de arte, en el que no hay obras de arte. Sí, todavía hay algunas por ahí, pero están en los museos...”.

En estos momentos en que todo está aún por decir. Ahora que prácticamente empezamos a interpretar la pintura deliciosa de Yago Hortal, nos hemos dado cuenta de que asistimos a la eclosión de un talento, al inicio de la trayectoria de alguien dispuesto a medirse nada más y nada menos que con esa poderosa tradición lejana en la que las composiciones pictóricas se perseguían hasta “dar con la composición final, definitiva, última, en la que nada puede ser mejorado”.

Es la misma ambición que atormentó al Goldmundo de Hess, o que Balzac supo dramatizar en su elocuente “La obra maestra desconocida”. Es esa genealogía de la modernidad que, a decir de Lipovetsky, habría resurgido transformada por los nuevos valores de esta sociedad sin historia que escribir.

Es la vía de una estética de peso y sombra, de huella, rastro y densidad, un sustantivo combate al predominio de la lógica de lo efímero que, a decir de Christine Buci-Glucksmann, define parte del “anti-arte” del siglo XX. Es ese deambular por la imaginación que contrasta con el color realista de la vida, ese gusto por la vibración de la luz, las ondulaciones y los juegos de reflejos en el que sobresalen los nombres de algunos de los mejores pintores abstractos de nuestros días. Nos referimos, por citar sólo a unos pocos, a Gerhard Richter, Albert Oehlen, Pia Fries, Luis Gordillo o Juan Uslé.

Como ellos, Yago Hortal ha optado por esa vía expresionista, colorista y radicalmente abierta al azar que no exige el minucioso dominio del detalle. Al igual que ellos, el artista conoce ese secreto a voces que es la espontaneidad dirigida, ese dejarse llevar que requiere no sólo una mano maestra sino una ambición a su medida. A su obra podría aplicarse también la interpretación del crítico José Marín Medina al quehacer de otro pintor “diferente”, Helmut Dorner, así como aquella reflexión de Bergson sobre el azar: “la idea de azar oscila entre la idea de causa eficiente y la de causa final sin detenerse en ninguna de las dos. El azar no es un orden, sino la idea que tenemos de una situación. Por tanto, no puede entenderse sin mezclar a la idea de lo azaroso nuestra actitud expectante. El azar no se opone a la intención, sino a la inversa: azar e intención son dos aspectos de una misma realidad, ambos opuestos a lo mecánico. El azar es la intención puramente formal (sin contenido)”.

Como si de una seductora metáfora del azar se tratara, las pinturas de Yago Hortal se revelan como verdaderos caleidoscopios de una riqueza cromática extraordinaria. Sus formas y colores son tan libres y expansivos como meticulosos en su impecable claridad visual. Sin nada que ocultar –pues no hay accidente fortuito alguno en sus pinturas- Yago Hortal construye tormentas de color que exceden las propias dimensiones del lienzo, que lo rebasan como si como esa ola juguetona que salta por encima del dique. Tal vez queriendo proyectarse más allá de sus límites, siempre imprecisos pero certeros, sus pinturas navegan hacia el espacio difuso de nuestra imaginación. Y aunque domina la sensación de imprevisibilidad, pronto descubrimos la existencia de un inesperado orden rigiendo cada composición, cada golpe de color, cada rizo, cada excrecencia.

Como si de una caligrafía automática se tratara, la “lectura” de estas mareas de color, viene a ser como el desciframiento de uno de esos poemas surrealistas en los que las palabras se entrecruzan y confunden para seducirnos con los juegos imposibles de sus sonidos. Sin dejarnos “entender” específicamente qué dicen, las pinturas de Yago Hortal nos hablan de todas las apariencias de la imagen pintada, de todos sus tiempos y sus ritmos visuales, de todas las búsquedas y los hallazgos que confluyen en un momento dado para que alguien corra el velo de lo conocido para descubrirnos su postrer y más insólito rostro.

Y aunque por algunas de sus técnicas podríamos vincularlas a episodios aún más alejados (nos referimos a aquellos expresionistas abstractos americanos que tanto orientaron una de las vías del arte europeo de postguerra), no hay en sus pinturas ni sombra de aquel desgarró existencialista de postguerra, ni la vehemencia “salvaje” de esa generación que respondió al reto conceptual.

Son otros tiempos, y otros son también los mecanismos que activan la “expresión”. Y es que el “vaciamiento” de Yago Hortal en sus lienzos es, más que una catarsis dolorosa o una respuesta contrariada o cualquier forma de rebeldía frente a un “sistema”, la exaltación de una convicción, un decir basta a ciertas frialdades intelectuales, un declinar por gusto el lenguaje más afín a sus necesidades creativas, una suerte de nueva eclosión, el regreso a una concepción artística visual basada en el comportamiento cromático y formal de un trazo intelectualmen-

te abierto al intelecto y los sentidos, la vuelta a una tradición que había sido casi cancelada por los tiempos postmodernos.

Basta comprobar la perfección de las improvisaciones pictóricas de Yago Hortal para darnos cuenta de que el artista posee una poderosa imaginación nutrida del profundo conocimiento de esa cultura visual en la que entronca su trabajo. Con una sorprendente madurez, parece que el artista ha sabido aplicar a su pintura aquellas palabras sabias de Maurizio Ferraris : “la imagen depende de los sentidos más de lo que el intelecto depende de la imaginación, y si ya la imaginación puede pensar el sentido sin lo sensible, con mayor razón el intelecto puede pensar sin imágenes”.

Pero ese encendido manifiesto suyo, ese clamor por el derecho a empezar cada vez de nuevo y dejarse llevar por el placer de lo sensible, no nos alcanzaría con esa contundencia si no tuviera, como lo tienen todos los actos valientes, la fuerza arrolladora de una pasión.

Pilar Ribal i Simó